

Una novela inspirada en una historia real que deja huella

KELLY RIMMER

LA ESPOSA ALEMANA

**UNA MUJER DISPUESTA A DESAFIARLO
TODO POR AMOR**

NdeNovela

Kelly Rimmer

La esposa alemana

NdeNovela

Título original: *The German Wife*

© 2022 por Lantana Management Pty Ltd.

Esta edición se publica por acuerdo con Jane Rotrosen Agency LLC a través de International Editors and Yañez Co.

Autora de la obra: Kelly Rimmer

© por la traducción, Daniel Almeida, 2025

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2025

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2026

NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.ndenovela.com

www.planetadelibros.com

Imagen del interior: © Shutterstock

Primera edición: febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31579-7

Depósito legal: B. 133-2026

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



SOFIE

Huntsville, Alabama 1950

—¡Despierta, Gisela! —murmuré, sacudiendo suavemente a mi hija—. Es hora de ver a papá.

Después de pasar casi todo el día en un autobús caluroso y sofocante, estaba tan cansada que me ardían los ojos y sentía la piel sucia de sudor seco de la cabeza a los pies. Tenía al niño dormido en el regazo y a la niña recostada sobre mí en el asiento. Después de tres largas semanas de barcos, trenes y autobuses, mi largo viaje desde Berlín a Alabama finalmente había llegado a su fin.

Mi hija menor siempre había sido más pequeña que sus compañeras, de cuerpo redondeado y suave, con una melena castaña como la mía y los brillantes ojos azules de mi marido. En los últimos meses, no obstante, un estirón repentino la había transformado. Ahora era más alta que yo. La ternura de la infancia se había desvanecido por completo, dejándola delgada y desgarbada.

Gisela se movió y luego se sentó lentamente. Sus ojos recorrieron el pasillo del autobús como si estuviera reorientándose. Al final, con cautela, se giró para mirar por la ventana.

—Pues vaya sitio, mamá.

Íbamos por una amplia calle principal llena de pequeñas tiendas y restaurantes. Hasta el momento, Huntsville lucía tal como yo esperaba: limpia, ordenada..., segregada.

Salón de Minnie. Solo para blancos.

Costurera para gente de color.

Ada's Café. Las mejores tortitas de la ciudad. ¡Solo para blancos!

Cuando decidí emprender el viaje para reunirme con mi marido en Estados Unidos, la segregación era una entre los millones de preocupaciones que deliberadamente puse para más adelante. Ahora, ante aquella cruda realidad, temía las charlas que tendría que mantener con mis hijos una vez que hubiéramos descansado lo suficiente para tener una conversación productiva.

Necesitaban entender exactamente por qué esas señales me hacían temblar las entrañas.

—Papá nos dijo que este es un pueblo pequeño, ¿recuerdas? —repuse con dulzura—. En Huntsville hay solo quince mil habitantes, y sí, será muy diferente a Berlín, pero aquí podremos tener una buena vida. Y lo más importante: volveremos a estar juntos.

—No todos —murmuró Gisela.

—No, no todos —admití en voz baja.

La pérdida era como una sombra para mí. De vez en cuando, me distraía y olvidaba que estaba allí. Entonces me daba la vuelta y sentía el impacto de nuevo. Lo mismo les sucedía a mis hijos, especialmente a Gisela. Cada año de su vida había estado marcado por los horrores de la guerra o por el dolor y el cambio.

No podía pensar demasiado en eso, no ahora. Estaba a punto de ver a mi marido por primera vez en casi cinco años y me sentía tan nerviosa como emocionada. Le había dado vueltas a la decisión de reunirme con él en Estados Unidos un millón de veces o más desde que los niños y yo nos habíamos subido en ese primer autobús en Berlín con destino al puerto de Hamburgo, donde abordamos el barco de vapor que cruzaría el Atlántico.

Miré a mi hijo. Félix se había despertado cuando sacudí a su hermana, pero continuó, pálido y silencioso, sentado en mi regazo. Tenía una melena de rizos color arena y la mente curiosa

de su padre. Hasta ahora, nunca habían estado en el mismo continente.

Lo primero que noté fue que Jürgen parecía diferente. Era casi verano y hacía calor, pero llevaba un traje azul claro con una camisa blanca y una pajarita azul oscuro. En casa nunca usaba trajes de ese color y jamás habría optado por ponerse una pajarita. En lugar de sus habituales gafas con montura metálica, lucía unas de pasta negra y montura ancha. Eran modernas y le sentaban bien. Por supuesto que tenía gafas nuevas, habían pasado cinco años. ¿Por qué me molestaba tanto?

No podía culparlo por reinventarse, pero ¿y si esta nueva versión de Jürgen no me quería o bien era alguien a quien no podía seguir queriendo?

Dio un paso adelante mientras bajábamos del autobús, pero no logró dar otro antes de que Gisela corriera hacia él y le lanzara los brazos alrededor del cuello.

—Tesoro —dijo con la voz cargada de emoción—, has crecido mucho.

Tenía un leve pero perceptible acento estadounidense, por lo que las palabras alemanas resultaron en él tan discordantes como las nuevas gafas.

La mirada de Jürgen se posó luego en Félix, que me cogía la mano con tanta fuerza que me dolían los dedos. Estaba nerviosa por los dos niños, pero tenía miedo por Félix. Nos habíamos mudado al otro lado del mundo, a un país que, en el mejor de los casos, nos miraría con recelo, tal vez incluso con hostilidad. Para Gisela y para mí, el reencuentro con Jürgen era razón suficiente para correr ese riesgo. Pero Félix se incomodaba en presencia de desconocidos, daba igual la situación. Y solo conocía a su padre a través de anécdotas y fotografías.

—Félix —lo saludó Jürgen, rodeando a Gisela con un brazo mientras comenzaba a caminar hacia nosotros. Me di cuenta

de que intentaba mantener la calma, pero sus ojos brillaban—. Hijo...

Félix soltó un gemido de alarma y se escondió detrás de mis piernas.

—Dale tiempo —le sugerí en voz baja, mientras tanteaba a mi espalda hasta lograr acariciarle el pelo a mi hijo—. Está cansado y hay mucho que asimilar.

—Se parece a... —La voz de Jürgen se quebró.

Conocía bien la lucha. Hería poner nombre a nuestro dolor y, sin embargo, era importante hacerlo. Nuestro hijo Georg ahora tendría veinte años, estaría en la flor de la vida. En cambio, era otra víctima de una guerra que el mundo nunca entendería. Aun así, había llegado a comprender que siempre sería parte de nuestra familia, y que cada vez que encontraba la fuerza para decir su nombre, él revivía, al menos en mis recuerdos.

—Lo sé —dije—. Félix se parece mucho a Georg.

Era apropiado que hubiera elegido Georg como segundo nombre de nuestro hijo, un guiño al hermano que nunca conocería. Jürgen alzó la mirada hacia mí y vi la profundidad de mi dolor reflejada en sus ojos. Nadie jamás entendería mi pérdida como él.

Comprendí entonces que nuestros años separados implicaban cambios inimaginables en el mundo y en cada uno de nosotros, pero que mi conexión con Jürgen nunca cambiaría. Ya había sobrevivido a lo imposible. Ante aquel pensamiento, me apresuré a acortar la distancia entre nosotros.

Tras apartar a Gisela con suavidad hacia un lado, los brazos de Jürgen finalmente me rodearon de nuevo. Había pensado que me mantendría entera cuando nos reencontráramos, pero, en el momento en que nos tocamos, los ojos se me llenaron de lágrimas, mientras el alivio y la alegría me inundaban. Me hallaba en el lado equivocado del mundo, en un país que no conocía. Allí no confiaba en nada ni en nadie, pero estar de nuevo en los brazos de Jürgen me hizo sentir en casa.

—Dios mío —susurró él con brusquedad, con su cuerpo temblando contra el mío—. Eres un regalo para la vista, Sofie von Meyer Rhodes.

—Prométeme que nunca me dejarás ir otra vez.

Jürgen era científico, infinitamente literal, al menos en circunstancias normales. Hubo un tiempo en que me habría señalado todas las razones por las que no podía hacer una promesa de buena fe, pero ahora sus brazos me rodearon y me susurró en el pelo.

—Me mataría hacerlo, Sofie. Si hay algo que quiero para el resto de mi vida es pasar todos los días contigo.

—Muchos de nuestros vecinos son alemanes, la mayoría acaba de llegar a Huntsville en las últimas semanas o meses, así que están todavía instalándose. Mañana habrá una fiesta en nuestro honor en la base donde trabajo, y podréis conocer a muchos de ellos —me explicó Jürgen mientras conducía por la ciudad en su elegante Ford negro de 1949. Observó a los niños por el espejo retrovisor con una expresión de asombro, como si no pudiera creer lo que veía—. Os gustará estar aquí, os lo prometo.

Íbamos a vivir en un suburbio frondoso y tranquilo llamado Maple Hill, en un pequeño barrio que los estadounidenses habían apodado Sauerkraut Hill porque era el hogar de un grupo de familias alemanas. Les traduje los carteles de las calles a los niños y se rieron por el estilo desconocido. Nuestra nueva calle, Beetle Avenue, fue la que más gracia le hizo a Gisela.

—¿Hay alguna plaga de insectos de la que debemos preocuparnos? —preguntó, y se rio entre dientes.

—Espero que sí —susurró Félix, tan bajo que tuve que hacer un esfuerzo para escucharlo—. Me gustan los escarabajos.

Cuando Jürgen aparcó el coche en la entrada, no pude evitar comparar aquella sencilla casa con los elegantes hogares en los que había crecido. Era una vivienda de una sola planta, con un

pequeño patio que conducía a la puerta principal y una ventana a cada lado. La casa se encontraba revestida de paneles horizontales; la pintura blanca ya estaba algo descascarillada. Había un jardín delante, pero lleno de malas hierbas. El césped era inexistente; solo quedaban algunas secciones de tierra cubiertas de hierba. El camino de cemento que iba de la calle a la entrada estaba agrietado y desnivelado. Sentí los ojos de Jürgen escrutar-me el rostro mientras yo estudiaba nuestro nuevo hogar a través del parabrisas, asimilándolo todo.

—Necesita algo de trabajo —reconoció, repentinamente inseguro—. He estado tan ocupado desde que me mudé aquí que no he tenido tiempo de hacerte sentir como esperaba.

—Es perfecto —repuse. Podía imaginarme fácilmente la casa con una nueva capa de pintura, el jardín lleno de vida, Gisela y Félix corriendo por todos lados, felices, seguros y libres, mientras se hacían amigos de los niños del vecindario.

En ese momento, una mujer salió de la casa situada a la izquierda de la nuestra. Llevaba un vestido parecido al mío y el pelo largo recogido en una trenza gruesa.

—¡Bienvenidos, vecinos! —nos saludó en alemán, radiante.

—Es Claudia Schmidt —me aclaró Jürgen en voz baja mientras abría la puerta del coche—. Está casada con Klaus, un ingeniero químico. Klaus se pasó unos años en Fort Bliss conmigo, pero Claudia llegó de Frankfurt hace unos días.

Una repentina y repugnante ansiedad me invadió.

—¿Lo conocías...?

—No —me interrumpió Jürgen, percibiendo mi angustia—. Trabajaba en una fábrica de Frankfurt y nuestros caminos nunca se cruzaron. Hablaremos más tarde, te lo prometo. —Bajó la voz mientras señalaba con la cabeza a los niños. Asentí de mala gana, con el corazón laténdome desbocado.

Jürgen y yo teníamos mucho de que hablar, incluyendo que jamás me había explicado cómo había llegado a ser un hombre libre en Estados Unidos. Las llamadas telefónicas desde Europa

no estaban disponibles para el público en general, así que habíamos planificado la mudanza por medio de cartas: una conversación lenta y cuidadosa que tardó casi dos años en concretarse. Suponíamos que un funcionario del Gobierno leería todo lo escrito, por eso ni yo pregunté ni él me ofreció ninguna explicación sobre cómo se había producido el improbable acuerdo.

Aún no podía obtener respuestas, no con los oídos de los niños al alcance, por lo que tendría que resultarme suficiente saber que lo más probable era que nuestros vecinos no estuvieran al tanto de los peores aspectos de nuestro pasado.

Jürgen bajó del coche y se acercó a saludar a Claudia, y yo salí por mi puerta. Mientras rodeaba el vehículo para seguirlo, vi a un hombre que caminaba por el lado opuesto de la calle, observándonos. Era alto y corpulento, vestía un uniforme marrón claro anodino que le quedaba al menos una o dos tallas pequeño. Le hice un gesto con la mano, suponiendo que era otro vecino alemán, pero se burló, sacudió la cabeza con disgusto y miró hacia otro lado.

Me había preparado para una cierta hostilidad, pero la reacción del hombre me dolió más de lo que esperaba. Respiré profundamente para tranquilizarme. Un peatón antipático no iba a arruinarme el primer día en nuestro nuevo hogar, el reencuentro con Jürgen, así queforcé una sonrisa brillante y me presenté a Claudia.

—Soy Sofie.

Ella asintió con entusiasmo.

—¡Desde que llegamos la semana pasada, tu marido solo me ha hablado de ti! Tu llegada le hace mucha ilusión.

—Por supuesto que sí —coincidió Jürgen sonriendo.

—¿Vendréis tú y los niños a la fiesta mañana? —inquirió Claudia.

—Iremos —le prometí, y ella volvió a sonreír. Me gustó de inmediato. Fue un alivio pensar que podría tener una amiga que me ayudara a transitar a aquella nueva vida.

—Nosotros también —dijo, pero luego el rostro se le ensombreció un poco y se presionó las palmas de las manos contra el abdomen, como si intentara aliviar un estómago dolorido—. Estoy muy nerviosa. Únicamente sé dos palabras en inglés: «hola» y «refresco».

—Es un comienzo —la animé, soltando una risa suave.

—Solo he conocido a algunas de las demás esposas, pero todas están en la misma situación. ¿Cómo diablos va a funcionar esta fiesta? ¿Tendremos que quedarnos al lado de nuestros maridos para que puedan traducirnos?

—Yo hablo inglés —le aclaré—. De niña lo hablaba con fluidez; daba clases con niñeras británicas y luego lo perfeccionaba en los viajes de negocios de mis padres. En la edad adulta, lo he olvidado un poco por no hablarlo; no obstante, la llegada de soldados estadounidenses a Berlín después de la guerra me brindó infinitas oportunidades de practicarlo.

La expresión de Claudia se iluminó de nuevo y se dio una palmada delante del pecho.

—Podrías ayudarnos a aprender.

—¿Tienes hijos? Quiero que Gisela y Félix lo aprendan lo más rápido posible. Tal vez podríamos dar algunas lecciones todos juntos.

—Tres —me indicó—. Están dentro, viendo la televisión.

—¿Tienes televisión? —me sorprendí, levantando las cejas.

—Nosotros también —intervino Jürgen—. Os la he comprado como regalo de bienvenida. —Gisela jadeó y él se rio; luego le tendió la mano. No me sorprendió que ella lo empujara inmediatamente hacia la puerta principal. Mi hija siempre había soñado con tener una televisión, pero en Berlín ese lujo estaba fuera de nuestro alcance.

Me despedí de Claudia con la mano y seguí a mi familia, aunque estaba distraída, con la mirada de disgusto en los ojos de aquel desconocido aún clavada en la memoria.